creia sino en el trabajo productivo, y la molestia que se tomaba Juan no producia nada.

Estos papelitos que Juan coleccionaba se acumulaban poco á poco, hasta que llegaban á formar volúmenes, gruesos volúmenes, más de veinte gruesos volúmenes. No era aquello, sin embargo, más que un prefacio; el prefacio del más corto, es verdad, pero del más grande de todos los libros, despues de aquel que fué dictado por Dios.

Intitulábase *Introduccion al Catecismo.* Habia allí trozos brillantes; mas aquellas piedras de un monumento colosal faltaba la argamasa. Juan lo sabia perfectamente y pensaba ponérsela... Pues bien, llegó un dia en que Magdalena fué la mujer más feliz de la tierra. "Ya no tenemos necesidad de nadie, me dijo, por fin va á trabajar."

Uno de los amigos de Juan, excelente persona, habia sido nombrado ministro del Interior, por el azar de las revueltas políticas. Lo fué sólo por algunas semanas, más tuvo tiempo de procurarle á Juan, á quien consideraba con razon, como un talento de primer órden, un empleo de cien francos al mes. Y Juan, el fanático orgulloso de la humildad, le aceptó. Y su gran libro se quedó siendo una aglomeracion de piedras desnudas.

¿Habremos, sin embargo, de guardar encono al señor ministro? Seguramente que no. El talento de Juan estaba lleno de soberbios materiales, pero de argamasa no tenia ni chispa. Hubiera añadido sillares á sillares con que edificar diez catedrales, y no hubiera levantado ni una sola capilla. Dios señala la tarea á cada uno de sus operarios, y no es posible que todos sean arquitectos.

II

CIRCULO DE OBREROS.—JUAN ME HABLA DEL TARTUFA POLITICO Y DE UN LIBRO POR HACER

JUAN y yo no éramos amigos antiguos. Yo habia oido bablar de él como de un hombre original y festivo, y le conocia sobre todo por la frescura con que habia tirado al agua su alta posicion en el mundo de las letras. Esto habia sucedido ántes de que yo entrase en la carrera, y la casualidad no nos habia puesto á uno frente á otro.

Una vez, cierta persona me llevó á un Círculo católico de obreros, expresamente para oir hablar á Juan.

—Ya verá Vd., me dijo aquella persona: ¡es admirable!

Era en la cripta de San Sulpicio; me acuerdo como si hubiera sido ayer. Juan habló largo rato; yo quedé vivamente impresionado, y aun ésto es poco decir: á los dos ó tres párrafos de su improvisacion vaga, que parecia ir apartando las malezas en derredor de un asunto admirable, la sangre y agua del Divino Sacrificio, despertó en mí una emocion violenta. Juan habia hallado

medio de plantear allí la cuestion social. Aquellos buenos obreros le escuchaban con entusiasmo mezclado de inquietud, como se contemplan los ejercicios de fuerza en que el gimnasta corre peligro de desnucarse.

No solamente Juan no estaba preparado, sino que se lanzaba á sus anchuras en una verdadera selva de paréntesis, de notas, de incidentes, y aun de documentos justificativos, en donde su texto principal parecia que iba á perderse á cada momento. Añadid á ésto una familiaridad de estilo, con frecuencia excesiva, y un terrible atrevimiento en las imágenes, y os explicareis la palabra "inquietud" de que me he servido.

Por lo que á mi toca, hubo momentos en que dicha sensacion de miedo llegó hasta el malestar.

Era yo en aquel tiempo católico por sentimiento, por recuerdos, por relaciones de familia y de amistad, por todas las maneras, en fin, excepto por la buena, pues que *no practicaba*, y á nadie es más fácil escandalizar que á los católicos de ésta especie.

Pero en el mismo momento en que mi puritanismo herido iba á gritar ¡cuidado! Juan, aquel entusiasta admirador de la candidez fervorosa, aquel vestigio viviente de la palabra sentida que juega con las almas y las vuelve y revuelve en el baño de la verdad, llegaba al final de algun período con una demostracion luminosa, con un torrente de luz, un estremecimiento de corazon, una apasionada plegaria, un cántico admirable, y todos los que allí estaban, los ignorantes como los sábios, se inclinaban temblorosos ante la justicia de Dios.

Hablaba detras de una mesa como de medio metro de altura, y jámás he visto cátedra más alta. ¿No habeis

observado cuán á menudo el hombre que predica la palabra de Jesucristo se convierte en el mismo Jesucristo, y de qué aureolas se corona la frente del apóstol transfigurado?

Cuando calló, la sangre y el agua (¡permitidme, Jesus mio, llegar á tocar al inefable amor de vuestro misterio!), la sangre y el agua, repito, testimonios del imposible y verdadero sufrimiento de Dios, reliquias de su martirio y prendas de nuestra eterna redencion, bañaban todos los corazones. A la salida un sacerdote jóven, que es hoy ilustre Prelado, abrazó á Juan con lágrimas en los ojos.

Preguntábale yo cómo París, ávido de todas las emociones é incensador de todas las fuerzas, desconocia esta fuerza y se mantenia apartado de emociones semejantes.

—Hé aquí, le decia al eminente miembro del Círculo Católico que allí me habia conducido, hé aquí un hombre que ayer era célebre en París y en el mundo entero porque escribia con gracia libros insustanciales, deplorablemente inferiores á sí mismo, aunque superiores acaso á la generalidad de las producciones análogas. Este hombre ha crecido de repente y se ha elevado en claridad hasta convertirse en lumbrera, y porque es grande, y porque resplandece, París y el mundo han dejado inmediatamente de conocerle. Yo que soy lo que él era, un novelista, yo que vivo tan cerca del territorio católico, apenas habia oido hablar de este hombre ántes de ahora. Su antigua patria literaria le ha olvidado ya profundamente, y lo concibo: allí no ocupaba la primera fila; y dos ó tres medianías, monedas de su mismo cuño, llenan perfectamente su lugar vacío; pero su nueva patria cris-

tiana, ¿le ha recibido como debia? ¿Le habeis ofrecido en vuestro ejército de Santos el grado que merece?

Hice aún otras preguntas, y se me respondió:

—El reino en donde nuestro amigo Juan, grande inteligencia y más grande corazon, se ha refugiado, no es de este mundo: no se viene á él para buscar lo que es objeto de las ambiciones de la tierra, y los grados no son conferidos en él por los hombres.

Esta respuesta no me satisfizo del todo, porque yo conocia ó creia conocer en el reino de que se hablaba, algunas personas que no habian abandonado por completo, en apariencia al ménos, el apetito de las cosas terrenales.

—Participo, le dije, de la opinion de Vd. lo bastante para tener el derecho de hablar á Vd. con franqueza. Es Vd. la lealtad misma. ¿Por qué pues, emplear á cada instante esas formulas evasivas que pertenecen á la lengua de Tartufa? Bien sabe Vd. que hay en sus filas gentes muy bien acomodadas, que predican la teoría de que es preciso renunciar á todas las cosas por Jesucristo, pero que no la ponen en práctica.

—No por cierto, me replicó mi interlocutor; yo no *sé bien* eso que Vd. me dice; tan léjos de saber eso, podria citar á Vd. *entre las gentes muy bien acomodadas* verdaderos mártires, en quienes la negacion de sí mismos consiste en no poder abandonar su dignidad para marcharse á la soledad muy amada, donde está la oracion en la intimidad de Dios, donde están la meditacion, el estudio, la penitencia y todos los bienes de que tienen sed vehementísima. Va Vd. á encontrar acaso todavía que caigo en las fórmulas de Tartufa. No me da cuidado ninguno.

El mal se apodera incesantemente del lenguaje del bien, y yo pregunto: porque los Tartufas políticos hayan profanado, apropiándoselos, los hermosos nombres de libertad, patriotismo, etc., etc., ¿se avergonzaria Vd. de amar la libertad ó de querer á la patria? ¡Oh! ¡Hay que oir á nuestro amigo Juan hablar de Tartufa! Tartufa no nos molesta, sabemos bien donde vive... Ahora, pretender de una manera absoluta que Tartufa no se introduce entre nosotros algunas veces, seria seguramente pretencioso. ¡Pero qué pobre diablo es el Tartufa que se mezcla en nuestras filas! ¡Y como equivoca la puerta! No tenemos ni millones ni carteras quedarle. Esté Vd. seguro que si por descuido se mete entre nosotros, no permanecerá mucho tiempo: su más vivo deseo será el echarse afuera. Si se queda será porque le habremos convertido, y no será ya Tartufa.

—¡Tartufa! exclamó detras de nosotros la voz sonora de Juan. ¿Quién habla de Tartufa? ¡Tartufa me pertenece!

Nos volvimos, y venia derecho á mí tendiéndome las dos manos.

—Salud, colega, me dijo; no nos conocemos, pero es igual. Acaban de decirme que ha venido Vd. por ver lo animal que soy. ¿Cómo se encuentra la república de las letras? Yo he sido republicano y hombre de letras. Los muertos van aprisa porque están vivos, y los vivos que están muertos permanecen inmóviles. Yo he gritado ¡viva Polonia! al lado del ciudadano Luis Blanc, y me he peleado por Víctor Hugo la tarde del *Hernani*. Hace ya un siglo, y me parece que fué ayer. ¿Hablan ellos todavía algo de mí allá abajo en su purgatorio?

Yo no sé lo que le respondí; pero él se sonrió con aire satisfecho, y se me cogió del brazo llevándome consigo sin cuidarse de mi egregio interlocutor más que si no existiera. Entónces comprendí porque Juan no tenia grado alguno. Era un poco excéntrico.

—Acabo de ganar mis diez francos, me dijo, que es demasiado, porque yo daria veinte de buena gana, si los tuviera, por hablar á esos queridos muchachos que me escuchaban hace un momento. ¿Qué te he parecido?

Involuntariamente busqué á derecha é izquierda la persona á quien él interrogaba, pues no podia figurarme que me tutease la primera vez que nos hablabámos; pero á mí era indudablemente á quien se dirigia, puesto que estábamos ya solos los dos en medio de la plaza de San Sulpicio.

Yo le respondí cordialmente:

—He encontrado á Vd. muy bien.

—Gracias, dijo, pero no te digo eso; te pregunto si has llorado.

—Sí, le respondí riendo á mi pesar; he llorado. Es Vd. un orador potentísimo.

—Entónces, vuelve á escucharme: te doy, entre tanto, á estudiar las tres primeras lecciones del catecismo; tú me las recitarás en la seccion próxima. ¿Quieres?

—Estoy exclusivamente ocupado, repuse.

—¡Pardiez! ¡Todos estamos cargados de trabajo hasta los ojos!... ¿Sabes? No te resientas de que no te hable de *vos*. Tú serás tal vez un hombre de importancia en tu categoría, pero no eres varios hombres. Yo soy de la generacion de 1830, que tuteaba á todo el mundo.

Lo cual no dejaba de ser exacto, salvo raras excepciones. Entre los artistas y literatos de aquella época verdaderamente fecunda, un gran número, y no por cierto de los ménos ilustres, rendia culto á la manía del tuteismo, Juan continuó:

—Si te incomoda, me abandonas, porque perder la costumbre me es imposible. Yo no te exijo que me respondas de igual modo al principio. ¿Quieres acompañarme hasta mi cueva? Hablaremos de Tartufa, que es uno de los más grandes libros que hay que hacer en estos tiempos; tal vez le harás tú. He leido cuando ménos veinte páginas tuyas por aquí y por allá. Es original... Cuando sepas el catecismo, serás el hombre que se necesita para desnudar á Tartufa... Vivo detrás de los Inválidos.

—Tomemos un coche, le dije.

—De ningun modo... pero puedes pagármele como si le tomásemos: yo vivo de limosna y mis pobres tambien.

No tenia yo seguramente muy buen corazon, porque despues de estas palabras, el contacto de su brazo me hacia experimentar disgusto. Juan continuó:

—El último año que he *trabajado*, como dice Magdalena (mi mujer), gané sesenta y cinco mil francos escribiendo cosas que no valian cuatro cuartos. ¿Lees el *Univers?*

—Con frecuencia, le respondí; hay en él tal fuerza de talento...

—¡Enorme! ¡Y mucho más que de talento, de catecismo! Es el único periódico en donde hubiera deseado aún escribir; pero nunca me han querido. Y han hecho bien; ya no valgo nada más que para charlar...

Apretó el paso y volvió la cabeza; pasábamos precisa-

mente delante de las oficinas del *Univers*, que despues han cambiado de sitio.

—¡Ah, continuó suspirando; mucho dolor he sentido al abandonar la pluma, y á los que de ella se sirven! Les conocia á todos, les amaba, les amo todavía, son buenos; ¡que Dios les llame! He llorado en la efusion de mi alegría cuando el buen Agustin Thierry ha vuelto á nosotros, despues de haber viajado tan léjos de nosotros. Desde que se quedó ciego vió la luz. ¡Y Federico Soulié, el vigoroso inventor, tan violento y tan dulce! Yo le dí á besar la cruz de mi rosario en Bievre la última noche. Mr. Guizot, que habia sido mi profesor, me ha puesto á la puerta de su casa, diciendo que no queria á un bribon como yo para misionero. ¿Qué importa, sin embargo, la herramienta con tal que la labor se haga? Pero Guizot se adora á sí mismo con el descaro del mundo y muchos católicos le ayudan. ¡Balzac! Este me respondió muy grave: "Estoy más convertido que tú." Alfredo de Musset... preciosa alma atormentada... Pero dejemos dormir á los muertos. Dáme noticias de los que viven. Háblame de Víctor Hugo, el poeta colosal que ha deslumbrado á este siglo, y cuyo último grito será un cántico: lo espero. Háblame del bueno de Dumas, que no ha tenido mucho tiempo de mirar á su propio corazon. Háblame de Eugenio Sué, lobo furioso en sus libros, pastor en su casa, que se lava las manos en agua de rosas cuando ha tocado la mano de un tribuno; y de Gozlan, amargura explendorosa en forma de ramillete como los fuegos artificiales; y de Julio Sandeau, ese cristiano que se desconoce, tan tierno, tan fino, tan francés; y de Philarete Charles, y de Alfonso Karr, y de Jorge Sand, es-

píritu admirable á quien nada falta sino Dios, es decir, todo. ¿Michelet, se ha hecho capuchino como temia?... Yo, al ménos, no hago papel de no saber... Y eso que vivo cien piés debajo de la tierra... Me ha caido yo no sé de dónde una bonita caricatura de libro azucarado y aderezado con jarabe judío, mala accion lindamente aliñada, blasfemia rizada por el peluquero, titulada la *Vida de Jesus*. Dicen que todas las mujeres de mal vivir se entusiasman con ese libro. ¡Bien lo creo! Motivo tienen para ello. ¡Y yo apuesto á que las damas del gran mundo tan poco renuncian á su parte! ¡Las damas de buen tono que van al sermon cuando hay que andar á empujones á la puerta!...¿Te acuerdas de la anécdota de aquel presidente de una audiencia, que ántes de entablar un debate escabroso se dirigió al auditorio, todo matizado de atavíos mujeriles, y dijo: "Ruego á las damas que se respeten, que salgan?" Nadie se movió, por supuesto. ¡Las mujeres no van á los tribunales para respetarse! Quisiera saber el nombre de aquel presidente, que de seguro era un hombre de talento. Esperó dos minutos, y añadió con naturalidad: "Habiendo salido todas las señoras que se respetan, no quedan ya sino las que no se respetan, no tenemos, pues, que andarnos en miramientos. Ugieres, despejad la sala." El éxito de la *Vida de Jesus* se debe á esas damas, de las que algunas han creido acaso hacer una lectura piadosa; ¡hasta ese punto son cándidas! Jamás se halló tan feliz especulacion en materia de librería. Todas las señoras á quienes nuestro presidente echó de la audiencia, han leido ese libro, ó le leerán, extasiándose en su *imparcialidad*. Yo, desde que me le pusieron furtivamente sobre la mesa, he cerrado la puerta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

á los libros, y puedo casi asegurar, que no sé si los hacen todavía... Hé aquí la entrada de mi cueva. No á todos asusta. Montalembert se arriesga á venir de vez en cuando, y tambien Ravignan, el único hombre á quien no he tuteado, fuera de los señores Obispos... ¿Subes?

Desde San Sulpicio no habia pronunciado yo media docena de palabras. Juan tenia esa manera de hablar que ahorra las contestaciones. Se le escuchaba como se lee un libro: sólo que los libros son cosas muertas, y Juan vivia tan abundantemente, que á cada instante desespero de traducir siquiera al poco más ó ménos el efecto producido en mí por su palabra.

Subí, de lo cual pareció satisfecho. Ví á Bonifacio, niño delicado, pero travieso como un diablillo, cuyas rientes pupilas centelleaban; y ví tambien á Magdalena, que me dió un apreton de manos cuando dije que Juan habia perorado admirablemente. Ella y Bonifacio desaparecieron por la puerta del gabinete oscuro, y yo me hallé solo enfrente de Juan, que se arrellenaba en su gran poltrona hecha girones. Se puso á hablar del *Tartufa moderno, del libro por hacer*, y precisamente á propósito de la *Vida de Jesus*, comenzó el capítulo de las ventajas de todo género que un escritor atrevido, que sabe *contar*, halla, en este siglo nuestro, en crucificar de nuevo á Jesucristo.

Seguramente no confundia á ciertos hombres de talento, de literatura y de saber, bastante fuertes para traducir el anticristianismo prusiano para uso de los aprendices de charlatan y de los semi-mundanos, con esos otros pobres diablos de caníbales enlodados, que ganan su *bock* destrozando carne de cura en los periódicos llamados populares; no, daba á cada uno lo suyo, haciendo justicia al mérito de los que venden á Jesucristo por cientos de miles de pesetas, mientras que los otros especuladores subalternos no sacan apenas treinta dineros. Pero probaba que tanto los unos como los otros viven de profanar la Hostia, y que su oficio, el más fácil de todos, al alcance de los grandes talentos, como al de las estupideces vulgares, ofrece á la juventud de nuestros dias una carrera nueva, preciosa entre todas las familias libres.

Cuando comenzaba Juan á hablar de este asunto, mucho más extenso de como yo puedo apuntarlo aquí de pasada, y que tendrá su lugar en estas páginas, era verdaderamente inagotable.

—Moliere ha muerto, decia; sólo Moliere resucitado podria modelar la nueva edicion de su obra maestra, que muchos de entre los católicos tienen la injusticia de negar ó de desconocer. Moliere hizo el Tartufa de la Religion, y estuvo en su lugar: este mónstruo existia; lo que se podria censurar en Moliere es el haberle dado, segun las necesidades de la escena, audacias y simplicidades que no se avienen bien con la prudencia del hipócrita consumado. Pero el génio no tiene que dar cuenta de sus debilidades. Crea una forma y da á su tipo un nombre que viene despues á ser la justicia de los siglos. Otros tiempos traen otros vicios. Moliere resucitado, y paseando sobre nuestro mundo de ahora el explendor de su mirada, reconoceria á Tartufa, y buscaria en vano sobre sus hombros, el traje fantástico con que en su mordacidad clásica le plugo disfrazarle en los dias en que aquel ropaje significaba el poderío, el crédito, la autori-

dad. Moliere formaria hoy de nuevo su molde para forjar en él al verdadero Tartufa gozando de una popularidad escamoteada; de ninguna manera á esos Tartufillos que hacen libros de pasta de malvabisco judío, sino al gran Tartufa de nuestra época, al hipócrita social y político que ataca á la vez á la Iglesia, á la magistratura, al ejército y al Estado. El hombre-veneno, violento ó dulzarron, importa poco, exprimiendo el sufragio universal como se exprime la uva en el lugar para sacar, ¿qué? su propia fortuna, la satisfaccion de su propia ambicion, la pitanza de su propio apetito. ¡Hé aquí un Tartufa que vale la pena! Hipócrita viril, no retrocede ante nada; promete lo imposible con voz estentórea, retumbante, como trompeta de feria; engaña á millones de inocentes, que le dan dos cuartos cada uno, ahorrándolos de pan, para destruir todo poder, para demoler toda ley, para minar toda moral, porque todo poder le estorba, tada ley le embaraza, toda moral le condena. ¿Seria bastante el mismo Moliere para luchar cuerpo á cuerpo con ese jigante, con ese mónstruo de cola encendida que muestra al pobre las riquezas ajenas gritándole: "¡Desheredado, hé ahí tu herencia! ¡Nómbrame diputado á mí, tu bienhechor, tu único amigo, tu hermano y tu padre! ¡Nómbrame ministro, nómbrame todas las cosas, que será como si te nombrases á tí mismo!"

Sobre las nueve y media de la noche serian cuando entramos en su cueva; cuando bajé su escalera sin luz, hacia tiempo que habian dado las dos de la mañana. El habia hablado y yo habia escuchado, y en el momento en que me despedia de él me dijo:

—Hay más talento en tu conversacion que en tus libros, los que podias hacer mucho mejor de lo que los haces, aun bajo tu punto de vista frívolo. Yo no me comparo á Sócrates, el más grande de los antiguos, puesto que entrevió la sombra de Dios y la figura del sacrificio; pero tengo de comun con él el que ayudo con gusto al desarrollo del pensamiento ajeno. Ven á verme. Yo tengo mis pobres y Job tenia los suyos; seguramente que eran más ricos que él. Iré á comer contigo alguna que otra vez. Cuando me tutees, te contaré mi conversion, y tú entónces harás UN LIBRO que dejará admirados á tus enemigos y á tus amigos.

Y añadió golpeando sobre el infólio donde estaban las notas de su *Introduccion al Catecismo:*

—Entre tanto, cuando quieras asuntos llamativos, no tengas reparo en consultarme; tengo yo acá millares de novelas, de dramas y de comedias. Yo te elegiré las ménos peligrosas, y la salsa con que debes aderezárselas al apetito público. Hasta la vista.